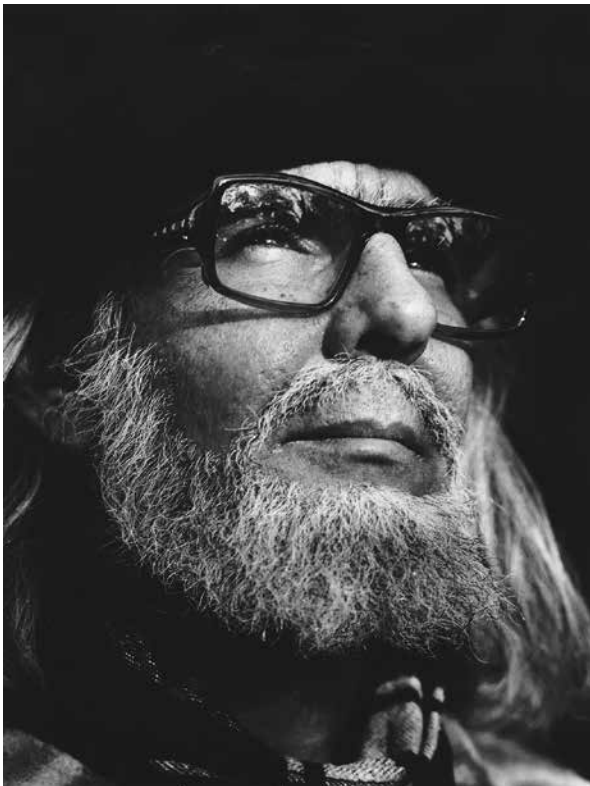


La vida se va pasando:
Andanza y voces de los tres Ernestos.
La generación nicaragüense del 40

José Antonio González de León

El poeta Ernesto Cardenal, en 1978.
(Fotografía: Lachmann / ullstein
bild via Getty Images)



*César puso un impuesto más
para felicidad de su pueblo.
Los carniceros suben la carne
para pagarlo, los ganaderos
suben el ganado para pagarlo;
sólo el pueblo tiene que arrodillarse
para pagarlo, porque toda la carne
y el ganado, los ganaderos y los carniceros
son del César, menos el pueblo.*

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

NO ES NOVEDOSO RECONOCER que una corriente filosófica con las dimensiones de las europeas no ha estado presente en los países latinoamericanos. No es curioso que las corrientes filosóficas americanas busquen su origen en la relación con la vida prehispánica. Así pues, no es casual que ese pensamiento filosófico encuentre en las tradiciones perdidas del mundo prehispánico la identidad americana. Nada más por esta originalidad no puede ser una filosofía pobre, que como la “Occidental”, pero de manera diferente, busca la raíces de una identidad mestiza con todas sus capacidades. La filosofía en América busca a su sujeto dentro de las más remotas variedades de sus dos culturas originales, esencialmente.

Desde autores como Héctor Antonio Murena (que incluso tiene todo un estudio sobre Edgar Allan Poe y las dificultades que representa ser norteamericano), León Portilla y la exaltación contemporánea de la historia antes de la conquista, hasta Edmundo O’Gorman y la identidad americana, o la tradición antropológica mexicana y la de Uranga o Padilla y el movimiento de lo mexicanista, podemos observar este pensamiento y sus dimensiones de identidad cultural, sobre todo.

Tampoco en los Estados Unidos esa presencia de la filosofía llegó temprano, aunque los padres de esa nación, Madison y Franklin por ejemplo, hicieron avances importantes. El francés Lafayette y la “Democracia en América” se convirtió en una piedra de toque que culminaría de manera compleja en los sermones y escritos de Emerson, el poeta y filósofo que en palabras de Bloom, pudo haber fundado la versión norteamericana del cristianismo. Así, no es una mera apariencia la competencia que la filosofía recibe de la poesía: lo ha podido hacer con mayor plenitud y el caso de los tres Ernestos nos lo hace pensar por lo menos si no es que confirmar. Escribe Moisés Elías Fuentes:

No quiero decir que la poesía se subalterna a la filosofía, pero sí que participa de otras disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades. Poesía comprometida, no con un partido político o con una ideología, ni siquiera con una fe religiosa, sino con un pensamiento humanista que se fue forjando y definiendo en la medida en que los escritores se anexaron e implicaron en la comprensión de las luchas sociales, no sólo de Nicaragua, sino de América en general. Esta maduración es la que se advierte en “El César y la carne”, poema breve de Mejía Sánchez.

De este modo, en *Andanza y voces de los tres Ernestos. La generación nicaragüense del 40*, Moisés Elías Fuentes nos presenta una selección de tres autores que guardan una relación íntima y psicológica con la Biblia; por ella se

acercaron a la multiplicidad de sus alegorías. Además de lo mexicano en ellos, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Ernesto Martínez Rivas y Ernesto Cardenal compartieron su estancia preuniversitaria en Nicaragua siendo educados por jesuitas. Fueron también, a instancias de Coronel Urtecho, lectores de sus poetas formativos anglosajones: Ezra Pound, T.S. Eliot, Marianne Moore, William Carlos Williams; de los franceses como Baudelaire, Mallarmé, Valéry; y entre los de habla española Neruda, Vallejo y Huidobro.

Pero si bien en la escritura de nuestros autores queda hermanada la filosofía, sobre todo la política y la poesía, la tensión entre una y otra darán lo mejor de ellos, su búsqueda y también sus extravíos. Hay que advertir que la filosofía sujeta y la poesía libera.

Inevitablemente las tentaciones entre la forma y el contenido se convirtieron en una lucha interna, problema singularmente complejo en la relación que la poesía tiene con la realidad. Interesante de los tres Ernestos es que hacen de esta circunstancia un asunto abierto y lo incluyen en su agenda personal; nos permiten seguirla y pensarla, la escribieron y nos la transfirieron. No llegan a una conclusión, lo dejan como un continuo vibrante e incómodo. Lo convirtieron en un ejercicio de la duda, en algo de gran vitalidad e intensidad de sabiduría.

Desde otro ángulo, su poesía es su vida, la vida de sus lectores, a quienes de manera expresa los hacen cómplices para verla en los paisajes de su continente. Así, su poesía se hace de una intimidad única, diferente de la que puede guardar quizá una carga más universalmente aceptada y no por ser auténticamente propia, desechable.

Viene bien que los más importantes poetas nicaragüenses de los más recientes tiempos sean reunidos en esta publicación. Desde una perspectiva superficial, simplistamente, se puede decir que nacen desde dentro del México de los años cuarenta y cincuenta del

siglo pasado; México les ofrecía toda la densidad necesaria para desatar las expresiones intelectuales de la condición humana en esos años.


Los tres poetas que se reproducen en el libro nacieron en Nicaragua, y aunque Rubén Darío inevitablemente es el precursor del movimiento poético nicaragüense y americano y los alcanzará más tarde, es de notar que su influencia no es igual en estos tres. ¿Qué distinción puede haber entonces que haga de los tres un caso original a pesar de la influencia que Rubén Darío derrama en el continente de la poesía latinoamericana? No puede serlo solamente el nacimiento en tierras nicaragüenses. ¿Qué es lo que hace que al haber nacido en Nicaragua algo especial quede dentro de estos tres que no está en el resto de otros poetas igualmente influenciados? ¿Podría ser la política?, ¿la manera en que estos poetas nicaragüenses interpretan la política en la poesía? Independientemente de que en cada caso encontremos un mundo propio, interior, ¿qué puede haber en común entre ellos? Esta poesía deja abiertas todas sus dudas y son transmitidas para ser una poesía incómoda y cumplir con su propósito de molestar a quienes se sienten insensibles en las realidades latinoamericanas: es una de las metas de sus autores.

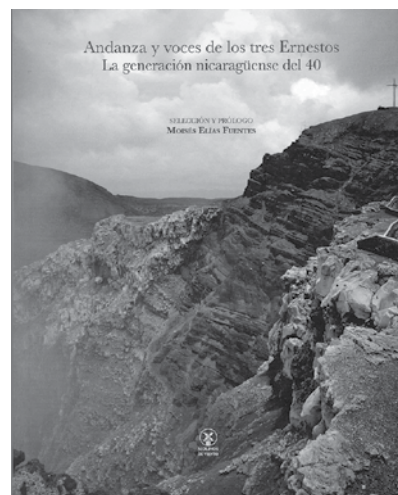
Los tres se involucran en el movimiento de su juventud “Vanguardia”. Sus más cercanos maestros fueron José Coronel Urtecho, Alberto Ordóñez Argüello, Pablo Antonio Cuadra y Joaquín Pasos. De los cuatro aprendieron y de los cuatro acabarían por desprenderse. Y para que el lector sea atraído a este ensayo de conciencia de ideas, de sueños, de poesía, un ejemplo de Ernesto Mejía Sánchez,

El viaje

Por carta y telegrama me obligan a organizar el futuro. Fechas de un año atrás para después me inclinan al silencio y la inacción. ¿Puedo contar con un día más, con un

mes o un siglo? ¿Y si firmo el contrato y lo cumple un cadáver, o no lo cumple y me lleno de remordimientos póstumos? Así tendrá que ser —no le encuentro remedio. Hoy firmo para estar dentro de año y medio a orillas del Hudson, al lado de Florit y los amigos de Columbia. Y si no firmo no voy ni no voy —porque sólo puede no ir quien estuvo a punto de ir.

Así la vida se va pasando, se va cumpliendo u omitiendo, mientras voy meditando, ya de viaje —y escribiendo— hacia el Hudson. El viaje es lento, lentísimo, entre firma y llegada, pero el ser rápidamente imanta su destino conforme al presente y el pasado, eriza las limaduras de la vida, pone polo a cielo y tierra —como cualquier profecía. 



Andanza y voces de los tres Ernestos. La generación nicaragüense del 40

Moisés Elías Fuentes (Selección y prólogo)
México, Universidad Autónoma Metropolitana,
2013, 173 pp.